

ORA ET LABORA

La espiritualidad del trabajo benedictina



Por Josefina Perrioux y Ludovico Videla

Introducción

¿Por qué escribir hoy algo sobre San Benito? ¿Porqué recurrir a él, tan alejado de nosotros en el tiempo y en su estilo de vida?

San Benito era un monje y escribe una regla para monjes, que aún la vive hoy, esa gran familia espiritual que es la orden benedictina.

¿Qué podemos encontrar nosotros allí?

El entiende la vida del monje como una profundización de la vida cristiana. Y con una extrema *simplicidad*, en el mejor sentido de la palabra -simplicidad del despojo de todo lo que no es esencial- logra ayudarnos a recuperar el sentido de nuestra vida. Dios está el centro de ella y todo lo demás adquiere valor según nos acerque o aleje de Él.

Junto a la simplicidad, su mensaje tiene la *frescura* de la proximidad a las Sagradas Escrituras y en especial al Evangelio. Y, de un modo particular, encontramos en él un gran *equilibrio*. Aquí es donde el lema “ora et labora” -acuñado no por él sino por sus seguidores años más tarde- lo ejemplifica maravillosamente bien. El exterior y el interior, el cuerpo y el alma deben trabajar al unísono. Por otra parte, si Dios está en el centro, todo lo demás logra integrarse al adquirir su verdadera dimensión y significado.

Cuando habla del trabajo, se refiere a él en sentido propio. Pero nosotros, por extensión, podemos incluir allí, todas las actividades que jalonan nuestro día. Si vivimos el “ora et labora”, sin perder el eje prioritario que ha de tener el “ora”, todo lo demás podrá valorarse en su justa importancia. Se evitará la desmesura que el hombre contemporáneo otorga a todo lo que vive, por haber perdido su eje fundamental.

San Benito distribuye las horas del día entre la oración litúrgica, (“el opus dei”), la lectio, la oración personal, el servicio interno comunitario y el trabajo, incluido el manual. Esta asignación de tiempos es rígida para el monje, que desarrolla su vida al

toque de la campana del monasterio. Esta distribución de las horas, fijadas para el monje, representan un desafío para el cristiano de hoy que, con mucha frecuencia, vive su realidad con escasa libertad para construir su horario diario. ¿Cuánto dedicará al “ora” y cuanto al “labora”? La respuesta que se da a esta sencilla pregunta será mucho más definitoria de lo que se piensa y la opción elegida por San Benito, puede ser, ciertamente, una advertencia para nuestro mundo tan “activista”.

Historia

La comunidad cristiana de Jerusalén es el modelo de toda comunidad monástica en el aspecto espiritual. Estos cristianos habían conocido a Cristo y habían sido testigos de su resurrección, habían convivido con la Virgen María y habían recibido al Espíritu Santo en Pentecostés. Los Hechos de los Apóstoles nos describen la primera comunidad de Jerusalén como un ensayo de vida cenobítica. Después de entregar sus riquezas al colegio apostólico o haberlas distribuido entre los pobres, “todos los fieles vivían en común, perseveraban en la oración y la fracción del pan, no tenían más que un solo corazón y una sola alma” Hech. 2, 42 ss.

A medida que pasó el tiempo y este estado singular se extendió, apareció el problema de la subsistencia de la comunidad. San Pablo refiere en diversos pasajes la necesidad de los “santos de Jerusalén” que se paliaba con colectas especiales, con las que colaboraban las nacientes Iglesias.

Pero los desajustes económicos no se pueden sostener en el tiempo. Por ello, desde el inicio, conociendo esta realidad, la Iglesia aconsejó el trabajo como forma de subvenir a las necesidades. Esto debía integrarse también con un fuerte ascetismo en el consumo propio, reduciéndolo a lo imprescindible y con una generosa donación de lo superfluo, para ayudar a los que, por razones graves, no podían hacer frente al trabajo. El ejemplo más conocido de esta situación, tal como lo encontramos en las Cartas y en los Hechos, es el de los huérfanos y las viudas,

“Ora et labora”

San Pacomio -siglo IV- considerado padre del cenobitismo es una de las fuentes de San Benito. Pacomio, buscando a Dios, encontró un maestro en el anacoreta Palomón que le enseñó las bases de la vida monástica, recibidas por él, a su vez, del gran monje San Antonio. Decía Palomón: “en todo tiempo pasamos la mitad de la noche – y aun muchas veces desde el anochecer hasta la mañana siguiente- velando, recitando la palabra de Dios y haciendo diversos trabajos manuales en hilo, en pelo y en fibra de palmera, a fin de que el sueño no nos importune y para atender a las necesidades de la subsistencia corporal.” La oración, en este caso nocturna, está acompañada por el trabajo manual, con un doble propósito: ascético -permanecer despierto- y de subsistencia.

Esta visión se mantuvo desde el inicio. El trabajo para los cristianos no era una maldición que castigaba a los esclavos, tal como lo consideraban los antiguos. Maldición, reflejada en la etimología de la palabra, procedente de “trepalium” que era un instrumento de tortura usado también para guiar los bueyes que tiran del carro.

Para San Benito, en cambio, el trabajo tiene una dignidad especial: ayuda al monje y al cristiano a perfeccionarse y a ganarse los medios de subsistencia. Esta dignidad se extiende a las herramientas y enseres del Monasterio, que deben cuidarse como si fuesen “vasos sagrados del altar”. Por ello, en la Regla establece que “los bienes del monasterio como herramientas, vestidos y otras cualesquiera cosas, confíelos el abad a monjes de cuya vida y costumbres este seguro; y según juzgare más útil, asígneles las diversas cosas para guardarlas y recogerlas.”

San Benito quiso fundar un monasterio donde se pudiese practicar la vida cenobítica, es decir, en comunidad. No aspiraba a crear una orden religiosa ni una confederación de casas religiosas, sino sólo un monasterio. El monasterio debía ser amplio y suficientemente provisto de manera de tener una sólida autosuficiencia. Por supuesto, todos los servicios internos debían asignarse y cumplirse con diligencia. La cocina, la hospedería, la enfermería, la portería, la biblioteca y el copiado de obras ocupaban una buena parte del día de los monjes.

“Ora”

Pero no cabe duda que el centro de la vida del monje es la llamada Obra de Dios, el Opus Dei. “Nada se anteponga a la Obra de Dios” es uno de los principios fundamentales de la Regla (43,3). El oficio divino, la liturgia, constituye por antonomasia la tarea y el deber del servicio del monje.

Su vida es un tránsito permanente hacia la perfección evangélica que nos lleva al Cielo y en ese camino, la Obra de Dios es la herramienta fundamental. Esta Obra, no es trabajo ni puede reemplazarse por el trabajo. Más aun, los monjes que están trabajando lejos del monasterio, en el campo, por ejemplo, al llegar la hora de los oficios, deben suspender su actividad y hacer la Obra de Dios. “Los monjes que trabajan en lugares muy distantes y no pueden acudir al monasterio a la hora debida (y el abad comprueba que es así en realidad), hagan la Obra de Dios allí mismo donde trabajan, arrodillándose con santo temor. De igual modo los que han salido de viaje no dejen pasar las horas establecidas, sino récnelas por su cuenta como puedan”. (Reg. 50).

“Labora”

EL trabajo es una necesidad y un principio general para el monje. El oficio divino no ocupa ni puede ocupar todo el día. Es lo más importante, pero debe dejar espacio a todo lo demás que requiere el monje en su vida. Dice el Santo en la Regla; “la ociosidad es enemiga del alma; por eso en determinados tiempos deben los monjes ocuparse en el trabajo manual. Razón por lo cual juzgamos debe ordenar los tiempos con arreglo a este plan: desde Pascua hasta el 14 de septiembre, por la mañana, saliendo de Prima trabajarán en lo que fuere necesario hasta cerca de la hora cuarta. Más, desde la hora cuarta hasta la sexta aproximadamente dedíquense a la lectura. Después de sexta, en levantándose de la mesa descansarán en sus lechos con sumo silencio, y si quizás alguno quiere leer, lea para sí, de suerte que no moleste a otro..... Pero si las condiciones del lugar o la pobreza exigiesen que se ocupen en recolectar por sí mismos las mieses, no se contristen, pues entonces son verdaderos monjes, cuando viven del trabajo de sus manos, como nuestros Padres y los Apóstoles. Mas hágase todo con moderación en atención a los débiles.” Reg. (48)

En este texto sale a la luz la norma clásica romana por excelencia: *ne quid nimis* <en nada haya excesos>, que lleva a cuidar las situaciones de debilidad particular. San Benito procura orientar al Abad responsable de la comunidad hacia la discreción. Y recomienda que el Abad “discierna y modere la tarea que asigna, pensando en la discreción del santo Jacob, que decía ‘si fatigo mis rebaños haciéndoles andar demasiado, morirán todos en un día’. Tomando, pues, estos y otros testimonios de discreción, madre de virtudes, ordene todas las cosas de tal modo que los fuertes deseen más y los débiles no rehúyan.” Reg. (64)

Conclusión

¿Que nos dice a nosotros, habitantes de un mundo secularizado, esta visión antigua, del siglo VI, sobre el trabajo y lo espiritual? Creemos que hay varios aspectos destacados que podemos aprovechar. Si nuestro propósito es como el de los monjes, buscar a Dios y alcanzar la vida eterna, el primero y fundamental es que las cosas deben ordenarse según su fin. Debemos ajustar nuestra vida a esta premisa, con discreción, orden, moderación y voluntad.

Por supuesto que la primacía de la Obra de Dios y su relación con el trabajo deben sujetarse a las posibilidades individuales. A veces sólo es posible el anhelo de Dios, que muchas veces no es poco.

El trabajo debe adecuarse a las distintas situaciones y necesidades, sabiendo que el principio de “dar lo superfluo” se aplica a todo cristiano. El activismo contemporáneo puede volverse asfixiante, por eso la moderación y el equilibrio que nos transmite la Regla y la espiritualidad de San Benito puede ser un buen antídoto.

El Santo termina su regla con dos mandatos sobre la caridad, muy recomendables para la vida comunitaria de nuestras grandes ciudades, tan aglomeradas. Por una parte, en el capítulo 71, nos recuerda que la obediencia no solo debe tributarse al abad sino también a los hermanos “los hermanos también deben obedecerse unos a otros, sabiendo que por este camino de la obediencia irán a Dios”. Pero también nos invita a “la más acendrada caridad, esto es “adelántense para honrarse unos a otros”. (Rom.12,10), tolérense con suma paciencia sus debilidades...nadie busque lo que le parece útil para sí, sino más bien para otro.”

El 24 de octubre de 1964, Pablo VI declaró a San Benito patrono de Europa, convencido de que él plantó valientemente una semilla de sensatez, de cordura y santidad cristianas en un mundo caótico.

Anhelamos vivamente que sean muchos los que vuelvan a encontrar en su simplicidad, equilibrio y santidad aquello que tanto necesita nuestra hora actual.